

ASPECTOS DE LA EUCARISTIA EN GUILLERMO DE SAINT-THIERRY

(Trabajo realizado por algunos hermanos de este Monasterio, bajo la dirección del Padre Carlos Hallet S.J.)

Monasterio La Dehesa
Las Condes, Chile.

En los escritos de Guillermo de Saint-Thierry, monje ilustre y maestro de la espiritualidad benedictina y cisterciense, puede descubrirse una doctrina profunda sobre el sacramento de la Eucaristía. Sin tocar su tratado "Sobre el Sacramento del Altar", se puede ver que su corazón rebosaba de sus convicciones sobre este sacramento en la mayor parte de sus obras didácticas.

El P. Robert Thomas o.c.s.o., que tuvo la bondad de leer este artículo, nos hace notar que para Guillermo la realidad central de la vida espiritual es la experiencia de Dios por el amor, bajo la acción del Espíritu Santo. La consideración de los beneficios divinos provoca el amor, y por lo tanto, es acción del Espíritu Santo. Así es que la Eucaristía, "memorial" por excelencia de los beneficios divinos, es para Guillermo un lugar privilegiado de esa experiencia, mas no es el único.

Para Guillermo, la realidad central de la vida "espiritual" se identifica con la realidad que está significada por el Pan y el Vino Eucarísticos. En lo que sigue, queremos reflexionar sobre los pasajes en los que él hace explícitamente esta identificación respecto a la realidad del Sacramento del Cuerpo del Señor y algunos aspectos claves de la experiencia cristiana y monástica. Sin poder dar una síntesis completa de su rica doctrina, nuestra consideración, fruto de la atenta lectura de varios hermanos en conjunto, seguirá tales temas claves.

Los aspectos principales de la Eucaristía que consideraremos son:

- La realidad central presente en los signos que el Señor nos dejó, y que es el mismo Señor Jesús.
- El está presente también *espiritualmente*, más allá de los signos.
- El es el precio de nuestra redención, principio de nuestra transformación, por medio del Espíritu Santo.
- El es nuestra vida, y nos comunica esa experiencia máxima de Dios: *saborear a Dios*.

La realidad central de la Eucaristía en sus signos y más allá de sus signos

Para Guillermo, la Eucaristía es realidad, una realidad divina. La Eucaristía es la concretización del amor divino hacia los hombres y la más grande expresión de ese amor. El Padre celestial al dar el cuerpo y la sangre de su Hijo a la humanidad no pudo dar más. El Hijo por su parte, por el poder del Espíritu Santo, respondiendo totalmente a la voluntad del Padre, se ofrece voluntariamente en sacrificio por el amor de su Padre y por los hombres. Antes de dejar este mundo el Señor Jesús proclama su presencia en el sacramento de la Eucaristía; y habla de su cuerpo como pan bajado del cielo; de la necesidad de comer su cuerpo y beber su sangre para

conseguir la vida eterna. En la Última Cena el Señor cumple formalmente su promesa y se da en Comunión por primera vez a los Apóstoles bajo las especies, los signos, de pan y vino.

Al hablar de la realidad de la Eucaristía Guillermo anticipa la doctrina de los Escolásticos. El hace la distinción entre la realidad del Sacramento y su signo. Todo sacramento está compuesto de su elemento interior como de su elemento exterior. El elemento interior del sacramento es la misma gracia, favor o don que Dios se digna dar al hombre; el elemento exterior es el signo, la acción, la oración que se recita y que acompaña al elemento interior. Elemento exterior, son esas cosas sensibles que garantizan o indican con certeza que el elemento interior ha sido conferido. Presenta Guillermo al elemento interior del sacramento como la "res misterii" y su signo como el "sacramentum". En la Eucaristía la realidad o elemento interior del sacramento otorgado es el mismo Señor que se comunica al hombre dándole su cuerpo divino y su preciosa sangre. Los signos son el pan y el vino, simbolizando el cuerpo y la sangre del Señor junto con las palabras de la consagración que el sacerdote pronuncia al ofrecer la Santa Misa.

Dice Guillermo:

"Porque en cuanto al signo, así como el que es digno lo recibe para su vida, del mismo modo el que lo recibe indignamente puede profanarlo para su propia muerte y juicio; pero en cuanto a la realidad del sacramento nadie que no sea digno y bien dispuesto la recibe. El signo sin la realidad es muerte para el que lo recibe; pero la realidad, aún prescindiendo del signo, es vida eterna para el que la recibe". (Ep. Frat. Libro I. Cap. XXX:118).

Es el sacerdote, la persona oficialmente designada como tal por la Iglesia, el que hace la renovación del Sacrificio de la Cruz del Señor en la Santa Misa según el mandato mismo del Señor. Pero para Guillermo, el gran beneficio que contiene el Sacramento no queda restringido a la celebración de la Misa. Dio Guillermo mucho énfasis a la accesibilidad de la realidad del Sacramento y enseñó que aunque unos pocos hombres fueron encargados de la celebración del Sacrificio de la Misa, ni a ellos ni a la celebración del Sacrificio Eucarístico estaba ligada toda la realidad del Sacramento. Al respecto dice Guillermo:

"Aunque está permitido a unos pocos hombres encargados de este oficio, celebrar en su propio modo, lugar y tiempo el misterio de esta santa y venerable conmemoración, sin embargo, la realidad de este misterio está de fácil acceso a todos, en todo tiempo y en todo lugar del dominio de Dios para efectuar, tratar y tomar en su propia salud, siempre que se haga tal como fue dado, esto es, con el debido sentimiento de amor; porque a todos se dice: "Ustedes son una raza escogida, un reino de sacerdotes, una nación ya consagrada, un pueblo que Dios eligió para proclamar sus maravillas. Ustedes estaban en las tinieblas, y los llamó Dios a su Luz admirable". (Ep. Frat. Libro I. Cap. XXX:117).

Enseña Guillermo, además, que cuantas veces de día o de noche el monje medita y reflexiona sobre la Pasión y Muerte del Señor, recibe la visita de Dios:

"Si tú quieres esto, y lo quieres de verdad, en todo momento del día o de la noche se te ofrece en tu celda. Cuantas veces te das a sentimientos de amor y fidelidad haciendo memoria del que por ti sufrió, comes su Cuerpo y bebes su

Sangre. Mientras permaneces en El por amor y El en ti por su acción de santidad y justicia, estás en su Cuerpo y en sus Miembros". (Ep. Frat. Libro I. Cap. XXX:119).

Y en esta otra cita, nos dice:

"En el templo y en la celda se realizan cosas divinas, pero más continuamente en la celda. En el templo se dispensan los sacramentos de la vida cristiana en ciertas ocasiones visiblemente y en figura, pero en las celdas como en el cielo, la realidad misma de todos los sacramentos de nuestra fe se celebra asiduamente con la misma majestad y pureza, con la misma verdad y en el mismo orden, aunque todavía no con la misma seguridad que tienen en la eternidad". (Ep. Frat. Libro I. Cap. XI:36).

El Espíritu Santo, don por excelencia de la Eucaristía

Destacó Guillermo la acción fecunda del Espíritu Divino en la Eucaristía. El Espíritu Santo es el don por excelencia que da el Señor Jesús a los hombres. Para Guillermo, el Espíritu Santo no era solamente un don dado a los hombres, un fruto de gran valor, sino un principio activo y un poder dinámico que efectúa grandes maravillas en las almas. En su vida el mismo Señor decía que era mejor para los hombres que El se fuera de este mundo porque así podía enviar en su lugar al Espíritu Santo. Sería el Espíritu entonces, el que consolara, ayudara y defendiera a los Miembros del Cuerpo de Cristo. Es especialmente en la Eucaristía donde Jesús cumple su promesa, por la entrega que hace, del Espíritu Santo, su Espíritu, a los hombres. Referente al don del Espíritu dice Guillermo:

"Lléname con tu Espíritu todo fragante para que por tu fragancia el mío no huela más, y el dulce olor de Ti, Dulcísimo, pueda penetrarme cada vez más. Esto es lo que sucede cuando hacemos lo que Tú nos mandaste hacer en tu memoria. No habrías podido ordenar nada más dulce y nada más poderoso para ayudar a la salvación de tus hijos. Esto es lo que ocurre cuando comemos y bebemos el banquete inmortal de tu cuerpo y tu sangre... El Espíritu Santo va realizando por la gracia, esa unidad que existe por naturaleza entre el Padre y Tú, su Hijo, desde la eternidad; para que así como Ustedes son Uno, así también nosotros seamos uno en Ti". (Med. 8:5).

El Espíritu Santo hace del alma su templo y su morada por medio de la Eucaristía. Esta morada y esta presencia del Espíritu Santo en el alma es permanente, continuada. Es todo lo contrario de una visita pasajera. Viene el Espíritu de Dios para quedarse. Vive el Espíritu en el alma como en su propia casa, en su propio hogar. Su fragancia penetra todos los rincones del alma. Dice Guillermo:

"Porque comer el cuerpo de Cristo no es otra cosa que llegar a ser el cuerpo de Cristo y el templo del Espíritu Santo. Ahora, este templo una vez adornado por las virtudes requeridas, una vez dedicado al culto según el rito de dedicación indicado anteriormente, no puede ser en adelante destinado a otros usos, no puede tener otro ocupante que el Dios que lo ha construido y lo ha creado". (Nat. Am. 403-B).

Y agrega:

“...Este hombre es asumido en Dios por el afecto, por el Espíritu de Dios, y recibe al mismo Dios viniendo hasta él y haciendo en él su morada no sólo espiritualmente sino también corporalmente, por el misterio del santo y vivificante cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo”. (Med. 10:8).

La transformación y la divinización del alma, efectuadas por el cuerpo y el espíritu del Señor

La habitación del Espíritu Santo en el alma y su acción santificadora junto con la del Señor Jesús, transforma el alma y la eleva sobre sí misma. El alma santificada se cambia en tal forma que deja de ser lo que es, para vestirse con algo nuevo, con el nuevo hombre de la gracia. Por el cambio efectuado en su naturaleza, al recibir la Eucaristía, el alma llega a ser el Cuerpo de Cristo y el templo del Espíritu Santo. Esta transformación del alma es a la vez su divinización. Es una semejanza verdadera a la naturaleza divina por la gracia prestada al alma. Dice Guillermo al respecto.

“El come y bebe el cuerpo y la sangre de su Redentor: maná celeste, pan de ángeles, pan de sabiduría; comiendo está transformado en la naturaleza del alimento que come. Porque comer el cuerpo de Cristo no es otra cosa que llegar a ser el Cuerpo de Cristo y el Templo del Espíritu Santo”. (Nat. Am. 403-B).

El alma ya santificada y transformada por la presencia del Espíritu Santo y del Cuerpo del Señor, no se interesa ya por las cosas pasajeras y efímeras de este mundo. Posee ahora una nueva visión de la creación y mira las cosas creadas bajo una nueva perspectiva. Ni se molesta ni se goza por la pérdida o la ganancia de estas cosas de las que tanto se preocupó antes y que tanto preocupan a los seres del mundo.

“Esta alma santificada, no ama ni busca en adelante nada terrestre, nada material, nada corruptible, desde el día que ella ha dejado de lado las cosas ordinarias. Y si acaso ocurre al pasar que hace uso de tales cosas, no se permite a sí misma gozar de ellas. Y si en estas cosas algo de éxito le viene, lo pasa de largo; si una dificultad surge, no se preocupa”. (Nat. Am. 403-B).

La Eucaristía es fuente de vida y de unión con Dios

En su estado de creatura transformada el hombre renovado participa de la misma vida de Dios. Es de recordar que la vida en Dios de que goza el alma fue conseguida a un precio muy alto, el precio de la propia sangre del Señor Jesús. Jesucristo, sacerdote supremo, se sacrifica como víctima en la Cruz por el hombre. Por su muerte ganó la vida al pecador y cuantas veces se celebra el memorial de su Pasión, o Sacrificio Eucarístico, tantas veces se renueva el don de la vida.

“Habiendo de este modo puesto su cuerpo y su sangre en las manos del hombre pecador, le dice: Come, bebe, es esto de donde tú sacarás la vida. Pues presentándolo a su Padre dice: Padre, aquí está el precio de mi sangre; si Tú reclamas algo por el pecado, aquí, para pagar está mi sangre”. (Nat. Am. 403-A).

El hombre viviendo con la misma vida de Dios, esta vida que ha recibido en la Eucaristía, se hace uno con El. Su unión con Dios es semejante a la unión y a la unidad que existe entre las tres personas divinas de la Santísima Trinidad. La unión del hombre con Dios está realizada por la gracia y por la acción del Espíritu Santo.

Es una unión con la divinidad por participación. Es la bondad y el favor de Dios que hace que el hombre pecador comparta su misma vida en unión con El. Nos dice Guillermo:

“En el Gran Sacramento que sobrepasa el entendimiento, el alma se transforma en lo que come, hueso de tus huesos y carne de tu propia carne. Así se cumple la oración que hiciste al Padre al comienzo de tu Pasión”. (Med. 8:5).

La Eucaristía es prenda de nuestra redención y de nuestra salvación

El Señor Jesús se ofreció en sacrificio por la redención del hombre. El hombre, que se había desviado del camino de Dios, y que se había entregado al goce del pecado se encontraba sin posibilidad de volver a Dios. Compadecido del hombre y según el querer de Dios su Padre, el Señor Jesús derramó su sangre por el rescate del hombre en su Pasión. Rompe así el Señor las cadenas que tenían sujeto al hombre. Representante y miembro de la humanidad, sufre como víctima inocente por sus hermanos. A este punto Guillermo se refiere con las siguientes palabras:

“Este título de justicia, que el Señor no necesitaba para sí mismo, siendo que El estaba sin pecado, lo comunica al hombre pecador que por esto se encontró liberado de su culpabilidad, gracias a la pena infligida al inocente; habiendo puesto así su cuerpo y su sangre en las manos de este hombre pecador, le dice: Come, bebe, es esto de donde tú sacarás la vida. Pues presentándolo a su Padre dice: Padre, aquí está el precio de mi sangre; si tú reclamas algo por el pecado, aquí para pagar está mi sangre. Señor y Padre Mío, Tú has derramado tu bondad y la tierra de mi cuerpo ha producido su fruto; de ahora en adelante la justicia marchará ante Ti y Tú avanzarás en el camino de la salvación del hombre. Porque fue salvado según la justicia, el que según la justicia había perecido; Tú, Señor, has trazado los caminos, y has establecido en Jacob juicio y justicia”. (Nat.Am. 403-a).

Y en otra cita dice Guillermo:

“No habrías podido ordenar nada más dulce o más poderoso para ayudar a la salvación de tus hijos. Esto es lo que ocurre cuando comemos y bebemos el banquete inmortal de tu cuerpo y de tu sangre. Como limpios animales tuyos, saboreamos las dulzuras almacenadas en nuestra memoria, y las rumiamos en la boca para el renovado y continuo trabajo de nuestra salvación”. (Med. 8:5).

La Eucaristía da al hombre la sabiduría, la experiencia máxima de Dios : “Saborear” a Dios

Sobresale en la doctrina de Guillermo sobre la Eucaristía su parecer acerca de la Sabiduría. La Eucaristía transfiere al hombre la sabiduría de Dios, una sabiduría desconocida, una sabiduría que no es de este mundo. La Sabiduría del espíritu se contrapone a la sabiduría de la carne, purifica los poderes intelectuales como también del corazón y eleva la razón sobre sí misma. Por la sabiduría la mente está capacitada para aceptar y creer verdades que no podía antes. Al respecto nos dice:

“El hombre fiel come, corporal aunque incorruptiblemente, el alimento corporal pero incorruptible del cuerpo y la sangre del Señor; en cuanto corporalmente, es

apropiado para nosotros; en cuanto incorruptiblemente, nos eleva; en cuanto al sentido intelectual de la razón, nos conforta y nos conforma a Dios; en cuanto al gusto del amor iluminado, nos une a Dios". (Spec. Fid. 43 (17a)).

La Sabiduría divina conduce a la verdadera vida, en tanto que la sabiduría puramente humana y de este mundo pecador lleva a la muerte. "Es el espíritu el que da vida, la carne no sirve de nada", dice San Juan (Jn 6,64). Toda la vida del hombre está repleta de las cosas divinas a causa del gusto que da Dios en la contemplación de Sí mismo. La Eucaristía da ese sabor, ese anhelo por las cosas celestiales; Guillermo nos dice:

"Escuchando las oraciones del Apóstol, Dios da el espíritu de sabiduría y luz para conocer y gustar al Señor por la revelación y por el don de Sí mismo a nosotros, como un sabor". (Nat. Am. 400-C).

Y en otra cita expresa:

"Saciados con los frutos de esta obra redentora por la mediación de la Sabiduría de Dios, el hombre no solamente es reconciliado sino también se hace sabio. En efecto, él saborea lo que come. El come y bebe el cuerpo y la sangre de su Redentor, maná celeste, pan de ángeles, pan de sabiduría; comiendo está transformado en la naturaleza del alimento que come. . . Todo lo que le viene lo saborea. De hecho, ese hombre ama, y no puede más que saborear en él todo lo que emana, como saliva, de la cabeza que es Cristo. Todo lo que toca al cuerpo, sea bueno o malo, es para él algo exterior y no puede tener acceso a lo que está en el interior". (Nat. Am. 403-B).

Las enseñanzas de Guillermo nos llevan muy lejos en los caminos del Señor. Vemos la Eucaristía en otras dimensiones y bajo una nueva luz. En la Eucaristía el Verbo Encarnado está continuamente ofreciendo su Espíritu, el Espíritu Santo. Es mejor, decía el Señor, que Yo me vaya, que Yo vuelva al Padre, porque así me será dado el poder de enviarles al Espíritu Santo que les consolará y ayudará, lo que será mucho mejor. En la Eucaristía, el Señor que es pan de vida, pan de ángeles, pan de sabiduría, da lo mejor que posee: su propio cuerpo y su sangre. A través de la celebración eucarística y la comunión con el Señor, el espíritu del hombre ya liberado del peso del pecado y reconciliado con el Padre, alcanza la verdadera felicidad.